

Ballesteros, Juan Carlos Pablo

*La filosofía y la muerte del anciano enfermo
consciente*

Vida y Ética. Año 9, Nº 2, Diciembre 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ballesteros, Juan C. P. "La filosofía y la muerte del anciano enfermo consciente"[en línea]. Vida y Ética. 9.2 (2008).
Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/filosofia-muerte-anciano-enfermo-consciente.pdf>
[Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

LA FILOSOFÍA Y LA MUERTE DEL ANCIANO ENFERMO CONSCIENTE

*Ciudad de Santa Fe,
viernes 13 de junio de 2008*

Prof. Dr. Juan Carlos Pablo Ballesteros

- Doctor en Filosofía, Universidad Católica de Santa Fe (1997)
- Miembro correspondiente de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino (2002 – presente)
- Director del Departamento de Postgrado y profesor titular de la Facultad de Humanidades en la Universidad Católica de Santa Fe
- Docente universitario desde 1972 en la Universidad Nacional del Litoral, Universidad Nacional de Entre Ríos, Universidad Católica de Santa Fe y Universidad Católica de La Plata
- Especialidad en Filosofía de la Educación, Ética y Filosofía Política
- Ha sido secretario académico de la Universidad Católica de Santa Fe (1987 – 2002) y decano de la Facultad de Filosofía y de la Facultad de Ciencias de la Educación en la misma Universidad
- Fue director de evaluación de la enseñanza y actualmente es delegado rectoral en la Sede Rosario de la Universidad Católica de La Plata
- Autor y coautor de siete libros y de más de 60 artículos publicados en diversas revistas, nacionales y extranjeras

Palabras clave

- Conciencia de la propia muerte
- Vejez

RESUMEN

Se analiza la situación ante la muerte del anciano enfermo consciente desde una perspectiva racional filosófica. Se destaca el aspecto existencial de la muerte y sostiene que aunque el hombre muera solo, si ha tenido una buena vida muere rodeado del recuerdo de todos aquellos a quienes ha amado y respetado, satisfecho de haber cumplido con su tarea como ser humano.

En la mayor parte de los casos, los problemas éticos que se plantean ante un moribundo se refieren más bien a los que lo atienden (médicos, familiares) que a él mismo. A su vez, pensar en la agonía del "ser humano" puede ser una abstracción, aunque más no sea porque hay distintos tipos de hombres y sin duda no se enfrentará a la muerte de la misma manera el héroe y el pusilánime, el creyente y el no creyente, el joven y el viejo. Desde esta perspectiva, se analizará la situación ante la muerte del anciano enfermo consciente, es decir, la muerte para el que muere y no la muerte ajena; la muerte propia, que sólo puede ser descripta adecuadamente cuando es pensada como *mí* muerte.

Supuestamente las personas mayores deberían tener una actitud más tranqui-

la y de mayor aceptación de la muerte, ya que se encuentran en una situación en la que hay una vida ya realizada y la muerte es su término natural. Sin embargo, esto no siempre es así, al punto que el tema de la muerte suele producir angustia y rechazo.

Hay quienes quitan gravedad a la muerte al considerarla un simple pasaje a otro mundo, como sugiere Platón en el *Fedón*. Otros también lo hacen al considerarla un rápido paso a la inmortalidad, al encuentro con Dios. Pero ese gozo tiene su precio, porque hasta para una vida piadosa la muerte es una circunstancia desagradable que hay que afrontar. Todos tenemos el convencimiento de que desearle a alguien la muerte es desearle algo malo. La muerte no es un suceso más en la vida del hombre. Como dice Josef Pieper, nada hay tan terminante como la muerte. "Al morir salta el hombre una tapia, que ya siempre quedará a su espalda, sin que el hombre pueda volver a encaramarse sobre ella. No hay retorno". [1] Tomás de Aquino, por su parte, sostiene que la muerte es el mayor de todos los males humanos, pero precisamente por eso afirma que no hay mayor prueba de amor para el hombre que morir por un amigo. [2] De donde se concluye que la vida no es el valor más alto para el hombre.

[1] PIEPER, Josef, *Muerte e inmortalidad*, trad. de Rufino Jimeno Peña, Barcelona, Ed. Herder, 1977, p. 79.

[2] TOMÁS DE AQUINO, *Compendio de Teología*, cap. 227.

La vida orgánica no es "sagrada" ni es intangible. Hay que tener cuidado con el empleo metafórico o aproximado de términos como éstos, porque dificultan la argumentación Bioética estrictamente racional. [3] El Cardenal Carlo María Martini, en sus recordadas cartas intercambiadas con Umberto Eco, dice claramente que la vida humana no es el valor supremo para los católicos; la vida que representa el valor supremo para los Evangelios, sostiene Martini, no es la vida física y ni siquiera la vida psicológica, sino la vida llamada a participar en la vida de Dios mismo. [4] De modo que la muerte no es algo que pueda ser trivializado ni es algo que no pueda ser enfrentado con serenidad. La muerte no debe ser ocultada ni suprimida, ni tampoco naturalizada llanamente, ya que su realidad constituye un problema fundamental en la consideración de la existencia humana.

Las personas reaccionan de modo diferente cuando saben que se encuentran próximas a morir. No obstante y a pesar de que la manera con que afrontemos la muerte no prolongará nuestra vida, es razonable y aceptable que quera-

mos una muerte con el máximo sentido y lo más libre posible de dolores y angustias. También nos interesa estar lo más cerca posible de las personas que nos interesan y sentir que nuestra vida fue buena. [5]

Aunque la certeza de la muerte es una experiencia única e intransferible, en tiempos anteriores se acompañaba al moribundo de manera que familiares y amigos podían de algún modo compartir sus últimos momentos. Hoy generalmente no ocurre así, porque nuestra sociedad ha eliminado de las conciencias la idea de la muerte, reduciéndola a una suerte de catástrofe final sobre la cual es mejor no pensar. Así, la muerte ya no forma parte de nuestra vida, se ha vuelto anónima, problema de otros. Elisabeth Kübler-Ross, en su obra ya clásica *Sobre la muerte y los moribundos* ha escrito al respecto: "Creo que hay muchas razones por las que no se afronta la muerte con tranquilidad. El morir se convierte en algo solitario e impersonal porque a menudo el paciente es arrebatado de su ambiente familiar y llevado a toda prisa a una sala de urgencia. Incluyo el viaje hasta el hospital como el primer capítulo

[3] Véase al respecto el escrito de Jorge Martínez Barrera "Sobre algunos puntos controvertidos en la bioética de matriz católica", Revista *Sapientia*, Buenos Aires, n° 210, (2001), pp. 699-708.

[4] MARTINI, Carlo María, en: ECO, Umberto, MARTINI, Carlo María, *¿En qué creen los que no creen? Un diálogo sobre la ética en el fin del milenio*, trad. de Carlos Gumpert Melgosa, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1997, p. 44.

[5] Cfr. BELSKY, Janet, *Psicología del envejecimiento*, coordinador de la traducción: Manuel Froute Torres, Madrid, Ed. Paraninfo, 2001, p. 379.

del morir, pues lo es en muchos casos. Ya internado, lenta pero inexorablemente está empezando a ser tratado como una cosa. Ya no es una persona. A menudo las decisiones se toman sin tener en cuenta su opinión. Si intenta rebelarse, le administrarán un sedante y al cabo de horas (...) se convertirá en objeto de un gran interés y de una gran inversión financiera". [6]

Para Alfons Auer, en *Envejecer bien. Un estímulo ético-teológico*, los principales parámetros de la modernidad influyen en la represión de la muerte porque ya no existe el contexto de sentido tradicional desde el cual se la interpretaba. Por eso entiende que "la privatización de la muerte es una consecuencia de la privatización de la religión. Las tradiciones con una determinada concreción interna ya no pueden pensarse como universalmente válidas". [7] Por eso en la sociedad actual, individualista y disgregada, es importante compartir la vejez y la muerte con una comunidad de pertenencia, aunque el morir sea siempre un hecho personal.

La muerte no es solamente algo que padecemos. Morir también puede ser una tarea. Cómo afrontarla (cómo prepararse para tener una buena muerte) depende

de la concepción que se tenga sobre el hombre y su existencia.

Sin duda, ponerse a filosofar (si el moribundo es un filósofo) ante la proximidad cierta de la propia muerte no conduciría a nada; ya no habría verdad que buscar: el tiempo se ha acabado. Sin embargo, la filosofía (no sólo como conocimiento sino también como forma de vida) incluye desde muy antiguo la reflexión sobre la muerte, que puede ser útil para "aprender a morir". Esto debe hacerse en una época adecuada de la vida, ya que sin una oportuna meditación no podemos tranquilizar nuestro espíritu. Pero no parece muy atractiva una vida dedicada a pensar sobre la muerte. Algunas personas, a pesar de ser cristianas comprometidas, no consideran útil para ellas ese "vivir para la muerte". Así, por ejemplo, la ensayista Vilma Sturm, escribió en su autobiografía: "Yo no sigo la exhortación de moda entre la gente mayor, según la cual hay que prepararse para la muerte. ¿Quién podría decirme cómo hacerlo? Al margen de lo que creamos sobre la vida después de la muerte, sobre la resurrección y la vida eterna, la muerte es, en primer lugar, la desaparición de una persona, su destrucción, aunque sea temporal. Andar pen-

[6] Citado por GHERARDI, Carlos R., *Vida y muerte en terapia intensiva. Estrategias para conocer y participar en las decisiones*, Buenos Aires, Ed. Biblos, 2007, p. 23.

[7] Cfr. AUER, Alfons, *Envejecer bien. Un estímulo ético-teológico*, trad. de Daniel Najmias, Barcelona, Ed. Herder, 1997, p. 150.

sando en eso es triste y no conduce a nada". [8]

Es verdad, porque no es un buen asunto pasarse la vida pensando en la muerte. Hay que disfrutar de la vida, porque en una buena vida está la clave de la buena muerte. En una obra de su juventud, cercana probablemente a la muerte de Sócrates, Platón describe un encuentro de su maestro con unos sofistas en el que dialogan sobre la retórica. En este diálogo Sócrates sostiene que no es la muerte lo que el hombre debe temer, sino algo muy distinto: "Que el alma llegue al Hades con una inmensa carga de delitos", [9] agregando poco más adelante: "Yo, por mi parte, amigo Calicles, convencido por estos relatos, me dedico a pensar en cómo me presentaré ante el juez con el alma lo más sana posible. No hago caso, en consecuencia, de los honores que persigue la mayoría de los hombres; busco la verdad, y de ese modo procuraré vivir siendo lo mejor que pueda y morir en las mismas circunstancias cuando llegue mi hora".

Éste es para mí un punto importante que debe ser considerado sobre la vejez y la muerte: a través de los años el hombre va perdiendo muchas cosas, como la luci-

dez, el vigor físico o la salud, pero conserva la integridad moral fruto de una vida honrada, de una vida que ha sido buena porque ha estado dedicada a obrar bien con respeto a Dios, a los hombres y a sí mismo. De este modo, cuando todo ha concluido, cuando ya todo esfuerzo es vano, aunque el hombre muera solo, muere rodeado del recuerdo de todos aquellos a quienes ha amado y respetado, satisfecho de haber cumplido, porque ha tenido una vida buena. Lo dice bien Cicerón en su *De senectute*, cuando expresa sobre este asunto: "Las armas más apropiadas para la vejez, son, Escipión y Lelio, los conocimientos y la práctica de las virtudes, que cultivadas en cualquier edad, si has tenido una vida larga e intensa, producen frutos admirables; no sólo porque nunca te abandonan ni siquiera en el último momento de la vida (cosa que ya es de gran importancia), sino también porque la conciencia de una vida bien llevada y el recuerdo de las muchas cosas bien hechas son algo muy gratificante". [10]

Para las personas mayores que aún permanecen activas la muerte es siempre inoportuna porque todavía quedan cosas por hacer; metas por alcanzar. Pero aún en ese caso el hombre debe agradecer lo que ya

[8] Ídem, p. 144.

[9] PLATÓN, *Gorgias*, 522 e 1.

[10] CICERÓN, Marco Tulio, *De senectute*, trad. de María Nieves Hidalgo Díaz, Madrid, Ed. Triacastela, 2001, III, 9, p. 145.

VIDA Y ÉTICA

tuvo, no lamentarse por lo que falta. Como dice Viktor Frankl, son muchas las sinfonías "incompletas" que figuran entre las más bellas [11], porque "o bien la vida tiene un sentido, en cuyo caso lo conservará, ya sea larga o corta, ya se propague o no; o bien no tiene sentido alguno, y en este caso no lo adquirirá por mucho que dure o se propague ilimitadamente". [12]

Se ha procurado considerar aquí esta cuestión desde una perspectiva racional, con argumentos que pueden ser aceptados por creyentes y no creyentes. Aún en el caso del arrepentimiento, porque la hora de la muerte no es ocasión solamente para recordar nuestras buenas acciones sino también las malas. Sobre este asunto escribió Umberto Eco al Cardenal Martini: "Pero adviértase que el no creyente considera que nadie lo observa desde lo alto y sabe por lo tanto

también -precisamente por ello- que no hay nadie que pueda perdonarle. Si es consciente de haber obrado mal, su soledad no tendrá límites y su muerte será desesperada. Intentará, más bien, más aún que el creyente, la purificación de la confesión pública, pedirá el perdón de los demás. Esto lo sabe en lo más íntimo de sus entretelas, y por lo tanto sabe que deberá perdonar por anticipado a los demás. De otro modo, ¿cómo podría explicarse que el remordimiento sea un sentimiento advertido también por lo no creyentes?". [13]

De modo que la vida, relativamente larga en el caso de la vejez, es suficiente para vivir bien, con honestidad. La vida debe ser vivida de tal modo que en la perspectiva de la propia muerte se la considere suficiente para aceptar su fin inevitable con la mayor paz posible.

[11] Cfr. FRANKL, Viktor, *Psicoanálisis y existencialismo*, trad. de Carlos Silva, México, Fondo de Cultura Económica, 1967, p. 85.

[12] *Ídem*, pp. 86-87.

[13] ECO, Umberto, en: ECO, Umberto y MARTINI, Carlo María, *¿En qué creen los que no creen? Un diálogo sobre la ética en el fin del milenio*, op. cit., p. 94.